

ROBERT HEINLEIN
LAS 100 VIDAS
DE LAZARUS LONG

**SUPER
FICCIÓN**



Titulada originariamente «Los hijos de Matusalén», esta novela forma parte del vasto plan anunciado por el autor bajo el ambicioso título de *La Historia Futura*. Se trata de una especulación socio-político-científico-histórica, cuyo hilo conductor es la Fundación de las Familias Howard, una asociación cuyos miembros se caracterizan por una excepcional longevidad debida a la selección genética. El periodo abarcado va desde el siglo XIX hasta el XXVI.

El más longevo de los matusalenes es Lazarus Long, protagonista en la presente novela, que va desde el fin de la dictadura religiosa en los EE.UU. (hacia el año 2025) hasta el fracaso de la primera colonia interestelar. La ficción literaria encierra una evidente intencionalidad política, que dejamos a la fiscalización del lector.

Lazarus Long, personaje pintoresco, aventurero astuto y sentencioso como pocos, tiene todavía mucho que decir, sin embargo, y lo dice en *Tiempo para amar*, continuación de la presente.

A Edward E. Smith, Ph. D.

Primera parte

1

—¡Serás una tonta si no te casas con él, Mary Sperling!
La aludida calculó sus pérdidas y extendió un cheque antes de contestar:

—Es demasiada diferencia de edad.

Le tendió a su amiga el cheque y añadió:

—No debería jugar contigo; creo que tienes facultades telepáticas.

—¡Tonterías! No quieras cambiar de conversación. Tú debes rondar cerca de los treinta... y piensa que no serás hermosa toda la vida.

Mary sonrió con ironía.

—¡Como si no lo supiera!

—No creo que Bork Vanning pase mucho de los cuarenta, y es ciudadano distinguido. Opino que la ocasión la pintan calva.

—Pues aprovéchala tú. Ahora debo irme. Salud, Ven.

—Salud —se despidió Ven, frunciendo el ceño mientras la puerta se cerraba a espaldas de Mary Sperling. Ardía en ganas de averiguar por qué Mary no quería casarse con un flete de primera como el Honorable Bork Vanning; también le habría gustado saber por qué se iba Mary y adónde iba. Pero el acostumbrado respeto a la vida privada la contuvo.

Mary no tenía la menor intención de hacer saber a nadie adónde iba. Tan pronto como salió del apartamento de su amiga, un ascensor rápido la llevó a los sótanos, donde un sistema robot le tenía preparado el coche. Lo condujo hasta la rampa de salida y luego puso los mandos rumbo a la costa Norte. El vehículo permaneció inmóvil hasta detectar

un claro en la circulación; luego salió a la pista de alta velocidad y se dirigió al norte. Mary reclinó el respaldo hacia atrás, disponiéndose a dar una cabezada.

Cuando transcurrió el tiempo prefijado, el cuadro de instrumentos emitió un zumbido en demanda de instrucciones. Mary despertó y echó una ojeada afuera. El lago Michigan aparecía como una gran mancha oscura a su derecha. Pidió al control de tráfico acceso a la carretera local. El control se hizo cargo de la maniobra y luego devolvió la iniciativa a la conductora. Ella rebuscó algo en la guantera.

La matrícula del coche, que el control fotografiaba automáticamente al salir de la autopista controlada, no era la misma que solía ostentar el vehículo de Mary.

Condujo varias millas por una carretera no controlada, y luego enfiló un camino de tierra que llevaba hasta la orilla del lago, donde se detuvo. Allí aguardó, con las luces apagadas, escuchando con atención. Al sur resplandecían las luces de Chicago. A pocos centenares de yardas rugía el tráfico de la autopista automática, pero en aquel escondite sólo se escuchaban los temerosos rumores de los habitantes de la noche. Metió la mano en la guantera y accionó un conmutador. En el cuadro de instrumentos se encendieron otros indicadores, que hasta entonces habían permanecido ocultos. Los estudió y practicó varios ajustes. Una vez estuvo segura de que no había por allí ningún radar de vigilancia y de que nada se movía a su alrededor, desconectó los instrumentos y cerró herméticamente la ventanilla. Seguidamente puso de nuevo en marcha el motor.

Lo que había parecido hasta entonces un Camden coupé normal, se elevó por los aires hasta quedar flotando sobre el lago. Luego se hundió en las aguas y desapareció. Mary aguardó hasta encontrarse a cincuenta pies de profundidad y a un cuarto de milla lejos de la ribera. Entonces hizo una llamada.

—Hable —dijo una voz.

—La vida es corta...

—Pero los años son largos.

—No, mientras tarden en llegar los malos tiempos —replicó Mary.

—Es lo que me pregunto, a veces —respondió la voz de la radio, ya en tono de conversación normal—. Todo en orden, Mary. Hemos controlado tu llegada.

—¿Eres Tommy?

—No, Cecil Hedrick. ¿Tienes suelto el piloto?

—Sí. Haceos cargo.

Diecisiete minutos más tarde, el vehículo salió de nuevo a la superficie. Era un estanque, el cual ocupaba la mayor parte de una gran cueva artificial. Después de acercarse a la orilla, Mary se apeó, saludó a los guardias y se dirigió por un túnel hacia una gran sala subterránea, donde se sentaban unas cincuenta o sesenta personas, hombres y mujeres. Charlaron hasta que un reloj anunció la medianoche. Entonces subió a una tribuna y se encaró con la gente.

—Tengo ciento ochenta y tres años de edad —declaró—. ¿Hay alguien aquí con más edad?

Nadie habló. Después de una pausa prudencial, Mary continuó:

—Entonces, de acuerdo con nuestras costumbres, declaro abierta esta reunión. ¿Queréis elegir un moderador?

Alguien dijo:

—Adelante, Mary.

En vista de que nadie decía nada más, ella prosiguió:

—Muy bien. Parecía no importarle el honor, y el grupo compartía aquella actitud serena, relajada. No se daban prisa por nada, indiferentes a la tensión de la vida moderna.

—Nos hemos reunido, como de costumbre, para discutir de lo relativo a nuestro bienestar y al de nuestros hermanos y hermanas. ¿Trae algún miembro representante un mensaje de su Familia? ¿O desea alguien hablar en su propio nombre?

Uno de los asistentes se puso en pie y dijo:

—Soy Ira Weatheral y hablo en nombre de la Familia Johnson. Nuestra asamblea tuvo lugar hace dos meses. Cedo la palabra a los síndicos.

Ella asintió con un gesto y se volvió hacia un hombrecillo que estaba sentado en primera fila.

—Justin, si tienes la bondad...

El hombrecillo se puso en pie e hizo una rígida inclinación. Sus piernas huesudas asomaban por debajo del mal cortado «kilt». Tenía el aspecto y los ademanes de un viejo funcionario encanecido en el servicio, pero su cabello negro y el tinte lozano y saludable de su tez desmentían aquella impresión, demostrando que se trataba de un hombre en la mejor pujanza de la juventud.

—Soy Justin Foote y voy a informar en nombre de los síndicos. Hace once años que las Familias decidieron hacer un experimento y comunicar a la opinión pública la existencia de un número determinado de personas dotadas de una esperanza de vida muy superior al promedio normal, algunas de las cuales habían confirmado por aquel entonces la realidad científica de dicha esperanza de vida, por haber alcanzado una edad muy superior al doble de la longevidad humana conocida.

Aunque hablaba sin leer ningún papel, su informe sonaba como un texto cuidadosamente preparado. Cuanto estaba diciendo era sabido por todos, pero nadie se impacientó. Aquel auditorio carecía de la intranquilidad febril tan común en otros lugares.

—Varias consideraciones movieron a las Familias a tomar esa decisión y abandonar la tradicional política de silencio y secreto en cuanto al peculiar aspecto en que nosotros diferimos de los demás humanos. Recordemos la justificación que se adujo al adoptar la anterior política de secreto: «Los primeros vástagos procreados por las uniones que patrocinaba la Fundación Howard nacieron en 1875. No suscitaron ningún comentario, pues nada los diferenciaba de los demás. La Fundación se constituyó como corpo-

ración benéfica de derecho público, sin finalidades lucrativas...».

El 17 de marzo de 1874, el estudiante de medicina Ira Johnson estaba sentado en la oficina de los abogados Deems, Wingate, Alden y Deems, escuchando una propuesta bastante insólita. Por eso interrumpió al más anciano de los letrados:

—¡Un momento! ¿Debo entender que pretende usted alquilarme para que me case con una de esas mujeres?

El abogado pareció escandalizado.

—¡Por favor, señor Johnson! No me interprete usted mal.

—Pues no veo de qué otra manera podría interpretar lo que ha dicho.

—No, señor. Un contrato así sería nulo a todos los efectos legales. Simplemente, nosotros le informamos a usted, como administradores que somos de una Fundación, que caso de tomar usted la decisión de casarse con una de las señoritas de esta lista, nos veríamos en la agradable obligación de dotar a cada uno de los hijos habidos en tal unión con las cantidades previstas en el baremo que usted ve aquí. Lo cual no supone la firma de ningún contrato con nosotros, ni la existencia de «proposición» alguna en tal sentido por nuestra parte. Por supuesto, no es nuestra intención el tratar de coaccionarle en ningún sentido. Nos limitamos a poner en su conocimiento ciertos hechos.

Ira Johnson frunció el ceño y se agitó, nervioso.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué?

—Son los fines de la Fundación. Podríamos añadir que estamos de acuerdo con los abuelos de usted.

—¿Han hablado de mí con ellos? —preguntó, contrariado.

No le inspiraban afecto sus abuelos. Eran cuatro individuos de lo más tacaño. Si uno de ellos, al menos, le hiciera el favor de morir a una edad razonable, no tendría que

preocuparse por el dinero que necesitaba para terminar la carrera.

—Hemos hablado con ellos, sí, pero no de usted.

El abogado dio por terminada la discusión, y el joven Johnson recibió de mala gana una lista de jóvenes, todas desconocidas. Se propuso romperla tan pronto como saliera de aquella oficina.

Pero, en vez de hacer eso, aquella noche escribió siete borradores antes de hallar las palabras adecuadas para enfriar las relaciones con su novia, allá en el pueblo. Se alegró de no haberse comprometido con ella en serio todavía; en tal caso, todo habría sido mucho más difícil.

Más adelante, cuando se casó (con una de las mujeres de la lista), le pareció una coincidencia curiosa, aunque no demasiado importante, que su mujer tuviese también cuatro abuelos con vida, gozando de buena salud y notablemente activos.

—Corporación benéfica de derecho público, sin finalidades lucrativas —seguía diciendo Foote—, con el propósito de promover los enlaces entre parejas sanas de genuina procedencia norteamericana, lo cual estaba en consonancia con las costumbres de aquel siglo. Por el sencillo expediente de mantener la boca cerrada en cuanto a los verdaderos fines de la Fundación, fue innecesario adoptar métodos de seguridad especiales, hasta que sobrevino la época de las Guerras Mundiales, también llamada vulgarmente de «los años de locura»...

Titulares seleccionados de abril a junio de 1969:

EL NIÑO BILL ROMPE LA BANCA

Un niño de dos años, ganador del premio de un millón de dólares de la televisión. La Casa Blanca le telefonea felicitándole.

EL TRIBUNAL SUPREMO ORDENA VENDER LA CÁMARA
LEGISLATIVA DEL ESTADO

El tribunal supremo de Colorado reconoce prioridad en su sentencia a las obligaciones de la Seguridad Social; el Estado debe prestar todos sus bienes en garantía.

MITIN POLÍTICO DE LA JUVENTUD DE NUEVA YORK EN
REIVINDICACIÓN DE SUS DERECHOS

EL COEFICIENTE DE NATALIDAD DE ESTADOS UNIDOS,
«MÁXIMO SECRETO» POR ORDEN DE LA AUTORIDAD
MILITAR

LA POLICÍA DEL CONGRESO DE CAROLINA CORONA A
UNA REINA DE LA BELLEZA

«Lista para ponerme a la disposición del Presidente», anuncia la bella al iniciar la gira de exhibición de sus méritos.

IOWA FIJA EN LOS CUARENTA Y UN AÑOS LA MAYORÍA
DE EDAD PARA VOTAR

Disturbios en el campus de la universidad de Des Moines.

LA MANÍA DE COMER TIERRA SE EXTIENDE HACIA EL
OESTE: EN CHICAGO, UN PÁRROCO SE TOMA UN BO-
CADILLO DE ARCILLA EN PLENO PÚLPITO

«Hay que volver a las cosas sencillas», anuncia a sus feligreses.

LOS ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS DESAFÍAN AL
CLAUSTRO

«Más subvenciones, menos horas de clase. No a los deberes en casa. Exigimos nuestro derecho a nombrar catedráticos y entrenadores por votación».

EL ÍNDICE DE SUICIDIOS AUMENTÓ POR NOVENO AÑO
SUCESIVO

La comisión de energía atómica negó toda relación con las precipitaciones radiactivas.

«“Los años de locura”. En aquel tiempo los síndicos decidieron, y vemos ahora que acertadamente, que en tal época de desorientación semántica y de histeria colectiva, cualquier minoría estaba expuesta a ser probable blanco de persecuciones, legislación discriminatoria e incluso algarradas violentas. Por otra parte, la inquietante situación financiera del país, y en particular el canje obligatorio de los valores de renta fija por bonos del Gobierno, amenazaban la solvencia de la Fundación.

»Se adoptaron dos políticas: en primer lugar, los activos de la Fundación fueron invertidos en bienes inmobiliarios, y éstos fueron ampliamente repartidos entre los miembros de las Familias en calidad de fideicomisarios. En segundo lugar, se adoptó con carácter permanente la política de la “Mascarada”, como llegó a llamarse. Se arbitraron medios para simular el fallecimiento de algunos miembros de las Familias que habían alcanzado una longevidad socialmente comprometedora, proveyéndoles de nuevos documentos de identidad y trasladándolos a otras regiones del país.

»La sabiduría de esta última política, que algunos consideraron molesta al principio, se hizo patente durante el Interregno de los Profetas. Al comenzar el reinado del Primer Profeta, el noventa y siete por ciento de los miembros de las Familias tenían edades declaradas de menos de cincuenta años. El registro público obligatorio impuesto por la policía secreta de los Profetas dificultó mucho los cambios de identidad, aunque se lograron algunos con la ayuda de la Cábala revolucionaria.

»De esta forma, medio por suerte y medio por previsión, se evitó el descubrimiento de nuestro secreto. Menos mal, pues podemos estar seguros de que las cosas se habrían puesto muy difíciles para cualquier grupo que poseyera bienes no confiscables a favor del Profeta.

»Las Familias como tales no intervinieron en los sucesos que condujeron a la Segunda Revolución Americana, pero muchos de sus miembros participaron con méritos señalados en la Cábala y en los combates que precedieron a la caída de Nueva Jerusalén. Pudimos aprovechar la subsiguiente época de desorganización para reajustar las edades de aquellos de entre los nuestros que habían llegado a ser llamativamente viejos. En esto nos ayudaron algunos miembros de las Familias introducidas, en cuanto afiliados a la Cábala, en puestos influyentes de la Reconstrucción.

»En la asamblea del año 2075, el año del Tratado, muchos en las Familias opinaron que ahora debíamos darnos a conocer, puesto que se acababan de restablecer con firmeza los derechos civiles. En aquel entonces, la mayoría no se adhirió a esta opinión... quizá como consecuencia de los largos hábitos de secreto y precaución. Pero el renacimiento de la cultura durante los cincuenta años siguientes, el aumento de la tolerancia y las buenas formas, la orientación semánticamente sana de la educación, el aumento del respeto por la vida privada y la dignidad del individuo... todo eso nos condujo a creer que había llegado por fin la hora en que podríamos mostrarnos sin peligro tal y como somos, y ocupar el lugar que nos corresponde como minoría social, tal vez algo insólita, pero no por eso menos respetable.

»Numerosas razones nos compelían a intentarlo. Entre los nuestros eran cada vez más los que juzgaban intolerable la "Mascarada" en una sociedad nueva y mejor. No sólo era molesto el tener que cortar raíces y buscar nueva residencia cada cierto número de años, sino que también parecía odioso tener que vivir una mentira, en una sociedad donde la mayoría de las personas adoptaban una actitud de honestidad y juego limpio. Además, las Familias como grupo habían aprendido mucho mediante el estudio de las ciencias biológicas; cosas que podían ser un gran beneficio para nuestros pobres semejantes de vida corta. Pero necesitábamos libertad para poder ayudarles.

»Estos y otros argumentos se trajeron a colación. Pero fue la reintroducción de los sistemas de identificación física positiva lo que hizo realmente insostenible la "Mascarada". Bajo la nueva orientación, todo ciudadano pacífico y normal está de acuerdo con la identificación personal, por muy celoso de su derecho privado que sea en otras ocasiones. En consecuencia, no nos atrevimos a oponernos; ello habría suscitado curiosidad y nos habría designado como un grupo de excéntricos, destruyendo así todo lo conseguido durante el período de "Mascarada".

»Así que nos sometimos a la identificación personal. Para la época de la asamblea del año 2125, es decir hace once años, iba siendo cada vez más difícil el falsificar nuevas identidades para el número cada vez mayor de los nuestros que alcanzaban edades en absoluto desacuerdo con su aspecto físico. Por ello se decidió el experimento de permitir que algunos voluntarios de ese grupo, hasta totalizar un diez por ciento de todos los miembros de las Familias, se diesen a conocer y observasen los resultados, mientras que el resto mantendría los secretos de la organización de las Familias.

»Lamentablemente, los resultados fueron muy diferentes de cuanto esperábamos».

Justin Foote se interrumpió. El silencio se espesó durante algunos segundos, hasta que pidió la palabra un tipo recio de mediana estatura. Tenía el cabello algo canoso, cosa rara en aquel grupo, y su piel atezada revelaba al explorador del espacio. Mary Sperling ya había reparado en él y se preguntaba quién sería: sus marcadas facciones y su risa cordial le habían interesado. Pero cualquier miembro de las Familias podía asistir a las reuniones del consejo, por lo que había juzgado inútil seguir preguntárselo.

—Vamos, muchacho. Continúa tu informe —dijo. Foote continuó dirigiéndose a la presidencia.

—Le corresponde hacerlo a nuestro psicometrista más antiguo. Mis observaciones han sido a título de prefacio.

—¡Por el amor de...! —empezó el desconocido canoso —. Muchacho, ¿vas a seguir ahí de pie, pues admites que no tienes otra cosa que decir sino lo que todos sabemos?

—He venido a exponer el telón de fondo... Y además me llamo Justin Foote, y no «muchacho».

Mary Sperling intervino con energía:

—Puesto que estás dirigiéndote a las Familias, hermano, haz el favor de presentarte. Lamento decir que no te conozco.

—Disculpa, hermana. Soy Lazarus Long, y hablo en nombre propio. Mary meneó la cabeza.

—Pues ahora no caigo...

—Perdón otra vez... Es un seudónimo de «Mascarada» que adopté en tiempos del Primer Profeta... me hizo gracia. En las Familias mi nombre es Smith, es decir, Woodrow Wilson Smith.

—¡Woodrow Wilson! Pues, ¿qué edad tienes?

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Hace tiempo que no lo pienso... Cien, no, doscientos y..., trece años. Sí, eso es: doscientos trece.

Hubo un silencio súbito y profundo. Luego Mary dijo con serenidad:

—¿No me oíste preguntar por el de más edad?

—Claro que sí, hermana, pero, ¡qué caramba!, lo estás haciendo muy bien. Hace más de un siglo que no asisto a ninguna asamblea de las Familias. Hay muchos cambios.

—Ocupa mi lugar para que continúe la sesión —hizo ademán de abandonar el estrado.

—¡No, no! —protestó él, pero ella no hizo caso y fue a buscar un asiento. Él miró a su alrededor, se encogió de hombros y cedió. Después de sentarse al borde del pupitre, anunció:

—Muy bien, pues vamos a seguir. ¿A quién le toca?

Ralph Schultz, de la Familia Schultz, parecía un banquero, y no un psicometrista. Nada tímido ni distraído, hablaba